

Del discurso machista a la violencia de género

Diferentes estudios vienen constatando una estrecha correlación entre **cultura patriarcal, desigualdad entre hombres y mujeres** y **violencia de género**. Desde distintos puntos de vista se viene insistiendo en la necesidad de tener en cuenta la opinión de los varones sobre la manera en que se han sentido afectados por el proceso de emancipación de las mujeres en su búsqueda de la igualdad con los hombres. Y la Sociología del Conocimiento viene confirmando que el discurso registra y reproduce la **construcción social de la realidad** que se percibe y se experimenta.

En base a estas tres persuasiones el Ayuntamiento de Gijón puso en marcha la realización de un trabajo sobre “La construcción Social de la Violencia de Género en el **Discurso Machista**” a partir de muestras del discurso obtenidas por el intercambio dinámico de opiniones de varones de distinta edad y condición en tres municipios europeos.

Las conclusiones del estudio vienen a comprobar que, aunque la gran mayoría de estos hombres consideran la violencia de género como algo injustificable, sin embargo bastantes de ellos acaban encontrando motivos de explicación para ella, porque de alguna manera no se sienten ajenos a las emociones que la provocan.

EL DISCURSO MACHISTA Y LA VIOLENCIA DE GÉNERO

I. Consideraciones previas y contextualización del análisis

1. La revolución de las mujeres y la respuesta de los hombres

Viene siendo ya habitual señalar al siglo XX como el siglo de las mujeres, en cuanto que fue testigo de los importantes logros conseguidos en su emancipación y de los notables avances realizados en el camino de la igualdad con los hombres.

Tiende a darse también una coincidencia mayoritaria en que algunos de los cambios resultantes se han incorporado ya a las tendencias socioculturales que configuran la evolución de las sociedades postindustriales. De hecho a pesar de estar experimentando la recesión económica más importante de los últimos sesenta años, que coincide en España con una intensa destrucción de empleo, a nadie se le ha ocurrido plantear la vuelta de la mujer al hogar como una vía de salida a la situación actual. Ni cabe suponer que las continuas investidas desde los pretendidos derechos naturales, consigan echar atrás lo conseguido en cuanto al uso de recursos para controlar la concepción, en cuanto a la posibilidad de lograr la separación legal de las parejas cuando se considere preferible a vivir juntos, o en cuanto al derecho de las mujeres a decidir sobre su maternidad en plazos razonables y/o por motivos justificables.

A todo ello se añade el éxito alcanzado por el denominado “feminismo institucional” en el desarrollo de políticas de protección de las mujeres en su proceso de emancipación y de apoyo al desarrollo de la igualdad. Algo que ha conllevado la aprobación de leyes específicas y el impulso de normativas de discriminación positiva en apoyo de esa igualdad declarada legislativamente y pretendida políticamente. Todo lo cual hizo percibir que la denominada revolución de las mujeres iba camino de alcanzar sus objetivos a finales del siglo pasado.

¿Qué ha pasado mientras tanto con los hombres? Es cierto que las mujeres les han tenido en cuenta como compañeros políticos en el desarrollo legislativo que les ha llevado a igualarse con ellos a nivel normativo; y también como colegas de estudios y de trabajo o como competidores profesionales. También han estado ahí diariamente como el correlato de los afectos, el otro polo de la intimidad, la otra cara de la convivencia y la otra parte en la negociación de tiempos y tareas, de dedicación a la familia y de autonomía personal.

Sin embargo hace tiempo que se viene observando desde distintos puntos de vista que no se ha contado suficientemente con ellos, probablemente porque se consideraba el mejor medio de sortear sus resistencias. De hecho nunca se les ha preguntado abiertamente hasta dónde se sentían afectados por todo esto, probablemente porque su afición se daba por inevitable. No cabía esperar que renunciaran motu proprio a su estatus de hegemonía y a su posición dominante.

La impresión generalizada es que han tenido que irse recolocando en el sentido que marcaban los nuevos tiempos y renunciando poco a poco a algunos de los privilegios mantenidos durante milenios por un sistema androcéntrico, patriarcal y machista, aun cuando ello conlleva notables sentimientos de desconcierto e inadaptación a los nuevos roles que se les exigían, y de significativos mecanismos de resistencia a la pérdida de su estatus de superioridad y hegemonía.

2. Radiografía social del posicionamiento de los hombres ante la igualdad

La radiografía social del momento actual nos identifica tres posiciones diferentes que definen tres tipos de respuesta de los varones ante la denominada revolución de las mujeres

2.1. Hombres por la igualdad

Podemos identificar una minoría significativa que se define abiertamente a favor de la igualdad entre hombres y mujeres, porque de alguna manera se sienten convencidos por la lógica de base del feminismo; y se sienten comprometidos con la aparición de un hombre nuevo, de un nuevo modelo de masculinidad, porque han llegado a experimentar de alguna manera que ello les supone más ganancias que pérdidas.

Al igual que las mujeres, con cuya lucha por la igualdad se identifican, estos hombres sufren decisivamente la falta de reconocimiento social desde el sistema de valores preestablecido y los problemas de inadaptación de sus roles y de sus pautas de comportamiento con el estatus que se les atribuye como hombres por el sistema patriarcal todavía hegemónico.

Su principal dificultad es dotar a ese nuevo modo de ser hombre de atributos diferenciales socialmente plausibles para hacer creíble culturalmente que la igualdad no amenaza la masculinidad ni desdibuja la diferencia. Mientras tanto el resto de los varones seguirá resistiéndose al cambio que representan aduciendo que se trata de hombres débiles o planos.

2.2. Posmachismo

Algunos de los expertos más atentos a la evolución del fenómeno señalan ya certeramente a la aparición de otra tipología minoritaria, pero cada vez más influyente, que representa el brote de un notorio mecanismo de resistencia activa por parte de una versión actualizada del machismo. Bajo la apariencia de “nuevos hombres nuevos”, tal como los denomina Miguel Lorente, esta corriente se constituye en defensa de la posición de superioridad y dominio por parte del varón, aun cuando para ello acepte despojarse de los viejos tópicos del machismo y entrar supuestamente en el juego de la igualdad, no para apostar por ella, pero tampoco para criticarla abiertamente, sino para reinterpretarla a su favor.

Una postura estratégica de adaptación y reacción, que ha sido desvelada acertadamente por el autor: haciéndose valer de una endeble fundamentación científica, una falsa neutralidad y un falaz interés por el bien común, parten de una aceptación formal de la igualdad entre mujeres y hombres para dar por supuesto que sus objetivos ya se han conseguido y que lo que queda por alcanzar responde ya sólo al interés de las mujeres por despacharse a gusto con los hombres. Sirviéndose de la confusión entre igualitarismo e igualdad se da por cerrado el proceso de cambio y por cumplidas las reivindicaciones feministas, para evitar que se produzca el vuelco institucional que descartaría culturalmente la superioridad del varón y la posición subalterna/subordinada de las mujeres. Con este objetivo (ceder posiciones pero mantener el estatus de superioridad), se desenvuelve todo un pensamiento estratégico en que se hecha mano de los mitos de las mujeres falaces y perversas, capaces de utilizar sus recursos sexuales para arruinar a los hombres, y se argumenta que los problemas previos continúan, agravándose incluso más, se provocan problemas nuevos y las mismas mujeres no tienen soluciones para ello. De ahí la necesidad de restaurar la supremacía del varón dotándola de una nueva legitimidad y de una amplia plausibilidad social. Y se pone en el mercado del consumo de identidad el hombre pack: sobre el soporte de la entelequia del estatus de superioridad del varón, se adjunta un muestrario de nuevos roles de identidad más equiparados (más padres, más hogareños, más tiernos, más femeninos) y un mix de factores de masculinidad más actualizados (más reflexivos y menos distantes, más protectores y menos violentos). Es lo que Miguel Lorente denomina posmachismo al identificarlo como una herencia de la posmodernidad.

2.3. Machismo contenido

Una de las aportaciones básicas de la Antropología Cultural, que no suele ser tenida en cuenta por los expertos, es que la cultura tiende a desenvolverse según un criterio primordial, la relación dialéctica entre:

- aquello que es hegemónico y dominante y tiende a conservar el beneficio adquirido que ello le comporta,

- y aquello que es emergente e innovador y pretende ganar un dominio propio que todavía le es negado.

Desde esta dialéctica (entre lo instituido y lo instituyente), la Sociología de la Cultura ha podido dar explicación a procesos de transformación socioeconómica y sociocultural que con el tiempo han dado lugar a auténticos giros copernicanos. Sin duda ninguna la denominada revolución de las mujeres nos enfrenta a uno de estos procesos.

La igualdad entre hombres y mujeres ha ido más allá de ser un decir políticamente correcto o de formar parte de una declaración universal, de representar una justa reivindicación o de ser tenida en cuenta en el corpus legislativo. La igualdad entre hombre y mujeres ha llegado a la fase de institucionalización, donde se van decantando las tendencias socioculturales que orientan el cambio presente e inducirán el futuro. Lo que se plantea ya ahora es de qué modo se va a instituir socioculturalmente el principio de igualdad y cómo va repercutir la búsqueda de la igualdad en la redefinición de los estatus atribuidos a los hombres y a las mujeres; y más en concreto se trata de qué se va a conservar de los privilegios concedidos tradicionalmente a los varones, por la posición de superioridad que se les ha venido atribuyendo atávicamente, y de que posibles ganancias cabe plantearse en compensación de las pérdidas que han de darse por justificadas e inevitables.

Desconfiados todavía de que la apuesta activa por la igualdad pueda acabar resultando ventajosa para los hombres y compensando las pérdidas de privilegios que sin duda conlleva para ellos; confundidos por los cantos de sirena del posmachismo que trata de convencerles de que cabe aceptar que las condiciones han cambiado para conseguir que todo siga igual; inadaptados por su propia socialización a los nuevos roles que se les exigen y sin un nuevo modelo de masculinidad con el que negociar exitosamente su identidad de género. Así afronta el cambio institucional de roles, estatus e identidad una mayoría de hombres que hemos dado en definir como machismo contenido: un machismo del que ya no se hace gala pues se duda de que sea correcto y conveniente, pero al que no se renuncia porque supondría abandonar el posicionamiento privilegiado de partida para quedar en dudosas e inseguras posiciones de desventaja.

Tal y como queda formulado con precisión en uno de los testimonios de nuestros informantes *"Parece como si el principio de igualdad no pudiera darse todavía: o eres superior o te sientes inferior, o estás arriba o te sientes abajo, o las dominas o te dominan"*.

3. El discurso machista y la violencia de género

La persistencia de la violencia de género, su notable implantación y las manifestaciones extremas que la acompañan, llevan a confirmar que el asunto de la igualdad afecta bastante más allá del cambio de papeles y de la igualación de oportunidades, convirtiéndose en un problema profundo de posicionamiento y de estatus.

La violencia de género se manifiesta como el mecanismo al que se recurre cuando se siente amenazada la superioridad del hombre, como posición hegemónica, o cuando la mujer se rebela contra la situación de dependencia que se deriva de la posición subalterna que se le atribuye. La desigualdad incide decisivamente en la resolución de los conflictos entre hombres y

mujeres, al marcar una posición de superioridad que no tolera sentirse amenazada, y una posición de inferioridad que se pretende que no se desborde. El recurso a la fuerza física, en el que los varones han sido reforzados en su socialización, se convierte en el medio para reponer las cosas en su sitio cuando las posiciones establecidas se han visto desbordadas. Como indican algunos expertos, se mantiene una correlación estrecha y atávica entre cultura patriarcal, desigualdad entre hombres y mujeres, y violencia de género.

Con motivo de profundizar cualitativamente en la comprensión de esta correlación entre cultura, desigualdad y violencia de género, los Ayuntamientos de Gijón y de Bolonia (Italia) y el Centro Silesiano para la Igualdad de Oportunidades (Polonia) propusieron a la comisión Europea la realización de un proyecto Daphne sobre “La Construcción Social de la Violencia de Género en el discurso Machista”, dando la palabra a una muestra de hombres representativos de los tres municipios.

Los principales contenidos del estudio de base realizado para este trabajo se extractan a continuación.

II. Un cambio irreversible que se percibe como fuente de inadaptación por parte de los varones

1. Los puntos de vista que configuran el discurso de los varones

La gran mayoría de nuestros informantes reconoce abiertamente que se ha producido un cambio irreversible en la posición y el papel de las mujeres en la sociedad. El análisis del discurso de los grupos nos constata que las posturas manifestadas hacia dicho cambio nos proporcionan una primera segmentación básica de las actitudes de los hombres hacia las mujeres en tres posiciones claramente diferenciadas, que aparecen como tres momentos de un continuo evolutivo y como tres grados de un posicionamiento escalár.

Tres posiciones que se irán perfilando y definiendo según avancemos en el análisis del discurso masculino, y que tendrán un reflejo coherente cuando se aborde el asunto de la violencia de género:

- Una minoría que piensa que **el cambio se ha quedado todavía corto**: las mujeres todavía cobran menos por el mismo trabajo, siguen asumiendo todavía buena parte de las cargas familiares y siguen siendo las principales víctimas de la violencia de género. Esta persuasión domina la lógica argumental acerca de lo sucedido con las mujeres de lo que denominaremos “**discurso machista negado**”.
- Una minoría que piensa que **se han pasado**: se les da más oportunidades que a los hombres, salen beneficiadas en los procesos de separación y divorcio, e intentan vengarse de lo anterior o pretenden pasar por encima del varón. Esta persuasión domina la lógica argumental de lo que denominaremos “**discurso machista extremo**”, que no duda en reconocer el cambio, aunque lo considere una desgracia: “*Los tiempos van cambiando desgraciadamente*”
- La mayoría que viene a representar **la pauta modal del discurso de los varones sobre las mujeres** en este momento. En él se combinan observaciones y proposiciones afines a cada una de las perspectivas anteriores, rechazándose las proposiciones más extremas, aceptando

en principio aquello que promueva una mayor igualdad entre las mujeres y los varones, pero resistiéndose a determinadas pérdidas que se puedan conllevar para ellos. Es la actitud sobre la que sustenta la lógica de lo que denominaremos “**discurso machista contenido**”.

Es precisamente esta mayoría la que va marcando la división entre las dos minorías, diferenciándose de ellas y contraponiéndose incluso semánticamente a ellas, denominando a los primeros como hombres machistas y a los segundos como hombres planos o blandos.

2. La percepción de desajuste y el miedo al vuelco de las posiciones previas

La mayoría de nuestros entrevistados percibe que el ritmo de cambio ha sido bastante acelerado, en cuanto que se han visto forzados a cambiar en sus expectativas con respecto a la mujer, en sus roles propios de género y en sus pautas de intercambio con el otro sexo. Todo lo cual se ha resentido por parte de los varones con **notables sentimientos de inadaptación**. En el proceso de cambio se han removido de su posicionamiento previo emociones profundas que están todavía fuertemente vinculadas a la propia autoestima del varón:

- La remoción de los sentimientos de celos cuando la mujer alcanza una libertad sexual equiparable con el varón, tal y como manifiestan abiertamente nuestros informantes más jóvenes de Gijón.

“Ahora son ellas las que también se pueden ir un fin de semana con uno y otro, sin que por eso sea una golfa como se decía antes. Mientras lo ves desde la barrera no está mal, incluso te da más oportunidades. Pero cuando pretendes una relación más estable te sientes más inseguro, porque sabes que ya es otra cosa”

- El riesgo de perder, por la ruptura del vínculo de pareja, aquellas conquistas que se han constituido socioculturalmente como los valores propios que configuran el estatus del varón y alimentan su autoestima: mujer, hijos, casa y trabajo.

“Los hombres luchan en su vida por tener un trabajo, comprarse una casa y tener unos hijos. Y si cuando te separas te quedas sin casa y sin hijos, te vuelves a quedar como en el aire. Algunos incluso no saben llevarlo y llegan a perder incluso el trabajo. Eso es la ruina para el hombre”

La percepción mayoritaria de la fase actual del proceso de cambio de la correlación entre géneros es de **desajuste, cuando no de desequilibrio**, en cuanto a:

- Las expectativas mutuas entre varones y mujeres.
- os roles que pautan la interacción y el intercambio entre ellos.
- Las posiciones desde las que cada género configura socialmente sus proyectos de vida.
- Los valores en que se sustentan la propia imagen y la autoestima
- El índice de satisfacción resultante de todo ello.

Podemos hacernos una idea más intuitiva de hasta donde alcanza este desajuste de roles de género, si consideramos que el discurso de nuestros

informantes mantiene **permanentes referencias al papel del macho como cazador y de la mujer como cuidadora de la prole**. Una división entre los sexos que algunos siguen considerando como algo inscrito en la propia naturaleza humana. Y son muchos los varones que se sienten pillados desprevenidos en su acomodación histórica a su papel de macho cabeza de familia, y **removidos de su posición dominante en una sociedad culturalmente machista**. Ello les hace sentirse:

- **Confusos ante lo que sucede de forma inevitable**, y que ya no se corresponde a la idea previa de que se partía. Su autoimagen como varones forma parte socioculturalmente de ese machismo, que ahora tiene tan mala prensa. No resulta fácil concebirse de otra manera ni desprenderse del machismo sin que entre en crisis algo de lo que biológica, histórica y socioculturalmente configura ese arquetipo de “macho” con el que los varones negocian su identidad.
- **Presionados por las nuevas exigencias que se plantean desde el otro género** y que les fuerzan a cambiar un modo masculino de vida en el que fueron socializados. Y en este sentido algunos apuntan que son precisamente las madres quienes han reforzado determinadas pautas del comportamiento masculino que ahora se experimentan como inadecuadas.
- **Sin consideración favorable en esta pugna en la que les ha tocado asumir el papel del malo de la película**: los violentos, los maltratadores, los asesinos de mujeres, sus dominadores irredentos, los reaccionarios ante las lógicas y justas demandas de igualdad por parte de ellas. Sin algún apoyo especial, aunque sólo sea para ir dejando la posición dominante sin perder todo posicionamiento.

Y es que en la revolución de las mujeres, que triunfa en el siglo XX en las sociedades postindustriales, ellas son las que lógicamente han ido tomando posiciones y reafirmandose en ellas, mientras que a ellos les ha tocado reubicarse dejando la posición de privilegio que les había atribuido y asegurado el sistema patriarcal y androcéntrico. De ahí que se manifiesten mayoritariamente **reactivos**, pues nadie renuncia de buena gana a posiciones consolidadas durante siglos, a rasgos de carácter atribuidos por la propia socialización y a privilegios adquiridos, aun cuando sea en contrapartida de otras importantes pérdidas, como la expresión de los sentimientos, el proyecto personal no reducido a lo laboral, la sustentabilidad de la vida cotidiana cuando no se cuenta con quien te la resuelva y el disfrute de los hijos.

“Hoy las mujeres desempeñan los roles tradicionales masculinos, y piden a los hombres que desarrollen roles femeninos. Pero los hombres no están habituados ni preparados para ello y eso les pone en serias dificultades tanto en público como en privado”

“A las mujeres de esta manera les va cada vez mejor. A nosotros nos joroba un montón”

Ya no vale conformarse con la satisfacción propia en las relaciones sexuales, ni cerrar la puerta del hogar delegando todas las preocupaciones y tareas que quedan pendientes en él. Ni basta, para la propia justificación, con eso de que *“yo soy quien trae el dinero a casa, ese es mi papel y con eso ya cumplo”*.

Aunque persiste una minoría que todavía sigue considerando que las mujeres son tontas de por sí e incluso inferiores a los varones, ya sea por su debilidad o por su falta de lógica, la mayoría de los entrevistados viene a coincidir, por lo menos teóricamente, en que las mujeres han estado inferiorizadas con respecto a los varones, con el apoyo de la cultura dominante y el refuerzo de las iglesias. Frente a este prejuicio implantado socioeconómica y socioculturalmente, muchos se encuentran ahora con que han de reconocer que *“la mujer es superior en muchas cosas”*, y se generaliza la opinión de que se demuestran más capaces en cuanto a la formación y más inteligentes en cuanto a su modo de hacerse con la vida. Son pocos los que dudan que la supuesta superioridad del hombre está, cuando menos, en crisis; y bastantes los que manifiestan el temor de que ello les está perjudicando. Y se presiente con inseguridad que puede producirse **un vuelco en el “ayuntamiento” previo de los sexos con el hombre arriba y la mujer debajo.**

Del desajuste y el desasosiego que ello conlleva para muchos hombres hablaremos más adelante, cuando el discurso de nuestros informantes se vaya adentrando hacia el asunto de la violencia de género. Lo que sí se constata ya a estas alturas del análisis es que persiste todo **un sustrato latente que frena el cambio aun cuando se esté más predispuesto a ello.**

“Los cambios han comportado crisis y desestabilización”

“No todos los hombres están dispuestos a aceptar la paridad de las mujeres. En la mentalidad masculina hay todavía algo que frena las bellas palabras que se escuchan”

III. La percepción de las mujeres y el asunto de la igualdad

1. Mujer “propia”, mujer “objeto”

Cuando nuestros informantes empiezan a hablar de mujeres, sucede en bastantes casos que se plantea una acotación previa al tema de conversación.

“Supongo que no hemos venido aquí a hablar de la parienta. Una cosa es hablar de la propia mujer y otra hablar del resto de las mujeres”

De esta manera el discurso marca, ya de entrada, dos categorías contrapuestas en el tratamiento del otro sexo por parte de los varones:

- Por una parte está **la mujer propia** y las que se incluyen en la parentela.
- Por otra, **el resto de las mujeres** con las que no se tiene relación de intimidad o de parentesco.

Las mujeres suelen aparecer en el discurso de los varones como **una presencia evocada** sensorialmente por su rastro cuando pasan o se hacen ver, por su imagen cuando aparece en los medios de comunicación o en los soportes publicitarios o por su recuerdo cuando se comentan determinadas experiencias. Y es su propio discurso el que vincula la presencia de las mujeres a su **“atractivo sexual”**. De ahí que el culo, las tetas y demás partes del cuerpo connotadas sexualmente sean el principal objeto de comentario

cuando una mujer se hace presente en su consideración. Más allá de la connotación de las partes, los comentarios sobre el atractivo sexual con que se inviste la presencia de la mujer denotan que el varón se siente pillado en un juego más profundo: la presencia de la mujer supone ante todo **una oportunidad/potencialidad de conquista y de relación sexual**. La actitud generalizada de conquista, como atributo del macho, se refuerza con criterios culturales que han sido alimentados latentemente en el proceso de socialización por el que los varones alcanzan su identidad de género. Uno de ellos es la supuesta naturaleza poligámica del varón, que algunos tratan de fundamentar como algo inscrito en la historia de la humanidad.

De ahí que la facilidad o dificultad que presenta una mujer para acceder al sexo con ella, sea uno de los temas habituales de comentario entre los varones. Y que la diferenciación entre **“mujeres fáciles y difíciles”** sea uno de los primeros criterios para su clasificación.

Pero la toma de conciencia de esta fijación provoca entre nuestros informantes un cierto sentimiento de debilidad, por sentirse, de alguna manera, **pillados por una atracción que no pueden evitar y que puede ser manejada por la parte atrayente** para hacerse con ellos.

“Tiran más dos tetas que dos carretas”

“Se dice que las mujeres son asexuadas, pero eso es falso. Nosotros tenemos el sexo en la cabeza, pero ellas lo tienen siempre a mano y saben manejarlo para dominarnos”

2. ¿De qué igualdad se trata? Las lógicas argumentales de lo todavía hegemónico y de lo ya emergente

Desde el supuesto, mayoritariamente compartido, de que ha habido un cambio drástico en cuanto a la realidad, el significado y el papel de las mujeres en las sociedades de referencia, el discurso de nuestros informantes se adentra en uno de los asuntos de fondo: el de **la igualdad y la diferencia entre hombres y mujeres**. El reconocimiento mayoritario de que las mujeres han estado históricamente inferiorizadas con respecto a los varones, no alcanza para ver con claridad la posición que hay que atribuirles cuando se pretende igualarlas a los hombres.

“Parece como si el principio de igualdad no pudiera darse todavía: o eres superior o te sientes inferior, o estás arriba o te sientes abajo, o las dominas o te dominan”

La actitud de **rechazo a cualquier intento de igualación que les rebaje**, se había manifestado ya de forma explícita e intensa en las reacciones de oposición a las medidas de discriminación positiva, que pueden llegar a ser percibidas como un intento de hacer pasar a la mujer por encima del varón.

El tema del dominio, y de los mecanismos que cada uno de los géneros viene utilizando para ejercerlo, late en el discurso de nuestros informantes, tanto cuando hacen referencia a la dominancia de ellas como cuando reconocen la predominancia de ellos. Pero queda ahí, como la constatación de un mar proceloso de fuerzas sicodinámicas y socioculturales, aplazado a la solución de lo único que en este momento cabe plantearse como abordable: la igualdad entre los sexos. Y cuando se profundiza en el análisis del discurso de nuestros informantes sobre la igualdad de la mujer, se constata que el asunto no va solo sino que se desenvuelve

permanentemente acompañado por su otra cara: la diferencia. Entre igualdad y diferencia el discurso establece una correlación dialéctica que hace inevitable tratar y resolver lo uno con lo otro.

De esta manera el asunto del reajuste y reequilibrio entre los géneros, que parte de la herencia histórica de la inferioridad de las mujeres y de la dialéctica arriba/abajo, se resiente, en el presente, de la difícil búsqueda de la equiparación dentro de la dialéctica entre igualdad y diferencia. La mayoría de nuestros informantes están de acuerdo, en principio, con que las mujeres han de equipararse en derechos y en oportunidades a los varones. Lo cual supone un cambio importante con respecto a la matriz ideológica del machismo: la configuración de la interacción y del intercambio entre los hombres y las mujeres desde la dialéctica arriba/abajo. Sin embargo, a partir de ese punto de avance, cuando se aborda directamente el tema de la igualdad, las miradas de unos se siguen proyectando hacia adelante mientras que las de otros se vuelven para atrás. Y de esta manera el discurso de nuestros informantes aparece claramente dividido en **dos lógicas argumentales**.

2.1. La de **quienes enfatizan sobre todo la diferencia, y tienden a rechazar la igualdad** entre hombres y mujeres, porque la perciben como un intento de negación de dicha diferencia.

Según esta lógica **la diferencia entre hombres y mujeres radica en una especie de código biológico/histórico/genético que viene a determinar la posición de cada género y el sitio que le corresponde**. Intentar igualarlos es sacar las cosas de su quicio y de su naturaleza. Esa naturaleza que, según ellos, da a las mujeres la capacidad de engendrar, las marca como sexo débil y carga sobre su vida el cuidado de la prole. No es que la mujer sea inferior; es que es “diferente”. Tampoco se trata de tenerla inferiorizada, pero sí de mantenerla en su sitio. Y su sitio viene marcado por una especie de determinación natural de sus roles (en continuidad con otras especies animales) a través del *“instinto materno, que condiciona fuertemente no sólo el modo de vivir de las mujeres, sino también más profundamente su modo de ser y de pensar”*. De esta manera **el discurso machista vuelve a sus raíces culturales** (la madre polaca, la madre de mis hijos, el instinto materno, el sexo débil, la mujer mujer, la cuidadora de la familia y el reposo del varón), aunque sometido a lo que va siendo cada vez más lo socialmente plausible y lo políticamente correcto: la aceptación teórica del principio de igualdad entre los géneros.

2.2. La de **quienes enfatizan sobre todo la igualdad y tienden a señalar muchas de las diferencias** que se mantienen entre hombres y mujeres **como residuos o vestigios de la desigualdad** que sigue dándose entre los géneros. Según esta lógica muchas de estas diferencias responden más bien a una especie de “programa” de socialización que ha venido marcando una distinta posición y estatus para unos y otras, y haciendo prevalecer a ellos sobre ellas. **No es la naturaleza la que predetermina las posiciones, aunque pueda marcar significativas distinciones**. Es la herencia de la historia socioeconómica y sociocultural del patriarcado la que tiende a mantener una distribución desigual de las oportunidades, que sitúa habitualmente a las mujeres en inferioridad de condiciones con los hombres, acortando en la práctica sus derechos, limitando genéricamente sus posibilidades de realización y pautando un intercambio desequilibrado con ellos. De esta

manera el discurso machista niega sus propias raíces reinterpretándose más allá de lo socialmente plausible y de lo políticamente correcto. **La diferencia de géneros no supone ya sino modos diferentes de ser persona** manteniendo el atractivo y la perturbación de lo otro.

En el primer caso la igualdad es más bien una cuestión de principios, algo más bien teórico que acaba rechazándose en la práctica en la mayoría de sus mediaciones (equiparación real de oportunidades, paridad de hecho en la representación etc.). Y la diferencia entre hombres y mujeres se convierte en una contraposición entre realidades distintas no sólo por su origen genético sino también por su destino en la sociedad.

En el segundo caso la igualdad es una exigencia de la propia realidad de unos y otras como personas que participan de un mismo género humano; algo que ha sido negado interesadamente por parte de los hombres durante mucho tiempo y que se trata de hacer realidad en todas sus mediaciones. Las diferencias entre hombres y mujeres no marcan una contraposición entre los sexos, que no se perciben como realidades distintas y contrapuestas, sino como polarizaciones de un continuo que se diversifica según grados y modelos, entre los que cabe establecer bastantes mediaciones. No son tantas las diferencias de origen y son muchas más las posibles coincidencias en destino.

La diferencia sigue marcándose abiertamente **cuando cada una de estas dos lógicas argumentales se proyecta sobre el tema de la violencia de género**. Sobre la persuasión, compartida mayoritariamente, de que nunca es justificable la violencia física ejercida por un hombre sobre una mujer:

- El **“machismo contenido”** interpreta dicha violencia como un modo de trato al que algunos varones recurrían para vencer determinadas resistencias no aceptables de las mujeres o para pararlas en determinadas exigencias desmedidas. Un recurso que se empleaba también con los niños en situaciones semejantes. Un modo de trato que resulta cada vez menos apropiado tanto con las mujeres como con los menores, aunque todavía se mantengan dudas de que no sea en ocasiones lo más eficaz. Desde esta perspectiva la violencia aparece como una especie de atributo natural de los varones producto de la evolución de la especie y extensible a todas las sociedades:

“Siempre es el macho el elemento más violento en la sociedad en general. Es una cuestión de evolución”

“La violencia resulta de la historia, de la testosterona y del contexto cultural, y es una respuesta a la violencia síquica de las mujeres contra los hombres”

- El **“machismo negado”** interpreta dicha violencia como un tipo de maltrato del que algunos varones se sirven para imponer su dominio sobre las mujeres o para frenar su voluntad cuando se manifiesta en contra de sus deseos. Un tipo de maltrato al que también algunos adultos sometían a algunos niños con intenciones parecidas. Un modo de actuar que no sólo resulta cada vez más inapropiado, sino que además no es bueno en ningún caso ni conveniente en ninguna ocasión:

“La violencia contra las mujeres existe porque la generan los patrones culturales del macho, y los estereotipos familiares que

transmiten que los hombres son mejores que las mujeres desde el nacimiento”

“Nunca es bueno acudir a eso, ni se gana nada con ello”

Mientras **desde la lógica del machismo contenido se subraya la capacidad de dominio como parte de la naturaleza del macho** asociada a su fuerza física; **desde el machismo negado se insiste en que la sumisión no es parte de la naturaleza de la mujer**, aunque pueda haber estado asociada con su debilidad física.

En los casos extremos el discurso machista pierde la continencia para recaer en el mito de las mujeres destructoras de hombres, que llevarían a éstos a tener que defenderse de ellas acudiendo a la fuerza física como recurso propio.

IV. La violencia de género forma parte del conjunto evocado del machismo

1. Yo no soy ése, aunque a veces sienta la tentación de serlo

Como hemos indicado anteriormente, el discurso mayoritario de nuestros informantes intenta distanciarse del fenómeno de la violencia de género, que cada vez resulta más difícil de silenciar o de evadir, dada la creciente presencia que alcanza en los medios de comunicación.

Parece constatable que el incremento de la presencia del fenómeno en la opinión pública y publicada, se corresponde con la **significativa pérdida de la plausibilidad social** hacia el mismo también entre los varones. Su discurso denota claramente esta pérdida a través de los mecanismos por los que se inhibe la identificación de los varones con determinadas prácticas que hasta hace poco no eran tan mal vistas y que aun hoy día encuentran cierta comprensión. Como principales **mecanismos de desidentificación** con la violencia de género por parte de los hombres, aparecen los siguientes:

- **Negar la pertenencia de uno mismo al grupo de los maltratadores de mujeres.** El discurso de nuestros informantes insiste en marcar distancias sobre ellos y redundando en la afirmación de que ellos no son de esos.
- **Considerar inadmisibles, por principio, la violencia física del hombre hacia la mujer.** Por si alguna de sus observaciones o proposiciones pudieran albergar alguna duda sobre ello, el discurso de nuestros informantes se encarga de redundar explícitamente en que para ellos dicho tipo de violencia no es admisible.

Ambas proposiciones parecen creíbles en la mayoría de los casos y su credibilidad se argumenta de la siguiente manera:

- **El ejercicio de una violencia habitual hacia las mujeres**, o hacia los “débiles” en su conjunto, **conlleva una extremación patológica de determinados sentimientos y emociones contra ellas**, que probablemente siguen manteniendo una fuerte implantación entre los hombres, pero que no por eso han de llegar a esos extremos. El que en muchos casos sigan dominando los celos no tiene por qué llevar incondicionadamente a que se ejerza la coacción psicológica o la violencia física como respuesta a los mismos. El que determinados arrebatos, a los que los varones parecen bastante predispuestos

según su propia opinión, les lleven a un cierto descontrol de su conducta, no tiene porqué traducirse habitualmente en agresión física. El que a veces los varones se encuentren sin otra superioridad con respecto a las mujeres que la de la fuerza, e incluso sientan que no disponen de otras armas contra las de ellas, no supone que pasen a usarla de forma mayoritaria.

- **Incluso el machismo tradicional mantenía ciertos umbrales de dignidad** que prescribían socialmente unos límites en su relación con las mujeres, aun cuando se las considerara inferior en ciertos sentidos y más débiles en cuanto a lo físico. Era precisamente este reconocimiento implícito de superioridad el que hacía indigno de los varones abusar de ella en contra de las mujeres, y también de los menores. **Si el atributo del macho se potenciaba por su fuerza, la dignidad del varón se perdía por el abuso de la misma.** Así p. e. en el discurso de nuestros informantes polacos se hace referencia a un principio tradicional que debía regir el comportamiento de los varones incluso en el caso de que se vieran llevados a castigar a sus mujeres (o a sus hijos) para enmendar su conducta: *“Un hombre no podía pegar a una mujer con un cáñamo más ancho que el pulgar”*. Era la propia conciencia de ser más fuerte la que llevaba al varón a no abusar de su fuerza contra la mujer, pues ello era signo de un uso cobarde e indigno de su superioridad. Ahí era donde se sustentaban los principios culturales y religiosos que prohibían y hacían ver como “inhumano” e “infel” la agresión física de un hombre a una mujer.

Esos son los principios de los que se desvía el machismo violento y que pierden poder de prescripción en el nuevo juego sexual de roles, puesto que la mujer ya no responde de forma tan clara a las pautas de débil y sumisa, y va dejando de responder a las expectativas de dominio y protección por parte del fuerte.

2. La violencia de género se reconoce como una ocurrencia generalizada

Aun cuando el discurso mayoritario intenta dejar sentado que la violencia física contra la mujer no es admisible, no deja de reconocer que existe. Y la posibilidad de **que se produzca una agresión física de un hombre a una mujer sigue formando parte todavía del conjunto evocado** de lo que puede llegar a ocurrir en las relaciones entre hombres y mujeres:

- Si el recurso básico del varón es la fuerza física.
- Si la violencia física es el modo en que todavía se siguen resolviendo entre los hombres lo que no se puede resolver de otra manera, tal y como vienen a reconocer nuestros informantes.
- Si ellos tienden a ser más bien impulsivos, inmediatos y burros, tal y como se admite francamente en su discurso.
- Si ellas son sentidas más bien como calculadoras y frías, con mayor capacidad de aplazamiento en sus estrategias.
- Si se ha sentido que a veces esta dinámica de interacción es difícil de controlar en situaciones de conflicto.

Si la contemplación de las posibilidades transcurre por esta lógica, resulta lógico que el discurso acabe admitiendo que la agresión física de un hombre

a una mujer, **no es sólo algo que ocurre, sino también una ocurrencia que todavía forma parte del imaginario masculino** y de sus tentaciones.

“La violencia contra las mujeres es un tema tabú entre los hombres, pero a la mayoría de ellos se les ha ocurrido usarla alguna vez”

“La verdad es que a veces ganas no te faltan, pero no lo haces porque somos personas civilizadas”

De ahí que el machismo contenido llegue a encontrar explicación a ciertos casos de violencia de género. Y **lo que resulta inadmisibles de principio, acaba siendo admitido en determinados casos.**

“El hombre tiene una reacción peor controlada. Tienes un mal minuto y luego te arrepientes. De acuerdo en que no hay derecho a ello, pero...”

Aun cuando enseguida nuestros informantes vuelvan a distanciarse del fenómeno como tal, y a incardinarse en la lógica de lo socialmente correcto, aceptando las protestas de quienes representan el machismo negado sobre que:

“Eso no es nunca justificable en ningún caso y de ninguna manera”. “La violencia contra las mujeres es inadmisibles en cualquier situación. No debería tener lugar. Resulta de la debilidad y la frustración masculina”

En el discurso de nuestros informantes se reconoce que:

- **La violencia excita a los varones**, y en ello interviene decisivamente la socialización de género. Los tíos andan siempre como pegándose, hablan de matarse, gesticulan con el amedrantamiento físico entre unos y otros, fomentan las emociones violentas en la práctica o en las aficiones deportivas, han estado acostumbrados a resolver por la fuerza los conflictos entre ellos. Sigue sin estar bien visto en muchas ocasiones que un varón dé una respuesta pacífica a lo que le supone una provocación o a lo que siente como una amenaza.
- **El uso de la fuerza física es un recurso del que algunos se valen cuando les faltan los argumentos**, y en ello interviene decisivamente la configuración psicodinámica de su comportamiento y de su respuesta ante las contrariedades. Se han hecho a dar salida así a sus ansiedades, temores o frustraciones: *“puede ser la patada a la mesa o al cubo de basura, la ruptura de objetos o arremeter contra todo, pegarse contra la pared o arrearle a la parienta”*
- **El abuso de la violencia física es algo que algunos varones utilizan para imponerse**; y en ello interviene decisivamente la herencia de un machismo inveterado. Se acude a ella para obtener algo o para imponer algo o para mantener sometido a alguien. Se recurre a la amenaza psicológica y a la dominación física para confirmar el dominio del varón sobre la mujer, para que sigan las cosas como han sido hasta ahora y mantener los privilegios adquiridos.

Como ya hemos indicado anteriormente, nuestros informantes reconocen abiertamente que los varones tienden a ser más inmediatos, más compulsivos, más descontrolados y más burros en sus respuestas. Lo que hace más urgente la protección de las mujeres que se encuentran en

situación de riesgo por este motivo. La mayoría de nuestros informantes vienen a confirmar, desde su experiencia, que **la violencia física es más bien un recurso y una atribución de los varones**, y que las mujeres no suelen hacer uso de ella en su interacción con ellos. Algo que por otra parte les resulta bastante lógico:

“Las mujeres no suelen utilizar la fuerza física ni siquiera para defenderse, porque a fin de cuentas en muchos casos les serviría de poco. Basta con que las sujetes así con los brazos apretados al cuerpo para que se queden sin respuesta”

Sin embargo, el discurso de nuestros informantes tiende a interpretar que el germen de la violencia está tanto en los varones como en las mujeres: forma parte de la naturaleza humana e interviene de alguna manera por ambas partes en la relación entre los sexos. Pareciera como si la descarga de un “código genético” común a hombres y mujeres, estuviera programada socioculturalmente de distinta manera para unos y para otras, para acabar manifestándose en ocasiones en **dos tipos de violencia diferenciados por género**:

“La cultura determina y condiciona la violencia. Ellos las pegan y ellas los machacan”

“Nosotros somos más burros y en algunos momentos no sabemos hacer y se nos escapa la fuerza. Ellas son más maquinadoras y te rayan y te rayan”.

Y aparecen quejas de que todo lo que se plantea en cuanto a la violencia de género esté orientado exclusivamente para las mujeres:

“Para los hombres no dicen nada. Sólo los tienen en cuenta como potenciales maltratadores”

“La violencia de género parece que es sólo de uno de los sexos para con el otro, como si las mujeres no ejercieran también algún tipo de violencia sobre los hombres”

V. La actitud ante la violencia de género

Para una mejor comprensión de la construcción social del fenómeno de la violencia de género, tal y como se manifiesta en el discurso de los varones, acudimos al análisis de las actitudes que se manifiestan en él. Para ello utilizamos un modelo clásico en los análisis de la Psicología Social que nos permite profundizar en el substrato motivacional de los comportamientos, posibilitando su comprensión holista (integral), incluso con sus manifiestas contradicciones. Dicho modelo diferencia tres momentos, componentes o pautas en el comportamiento humano:

1. La pauta ideal: de principio no

Uno de los tres componentes del comportamiento que la Psicología Social diferencia, en el análisis del mismo, se refiere a lo que se propone como bueno: lo que debería ser, lo que alcanza plausibilidad social, lo políticamente correcto.

“La violencia contra las mujeres es injustificable”

“Es algo inadmisibles”

Incluso los más machistas encuentran difícil justificar la violencia de género, aun cuando lleguen a comprenderla y admitirla en algunas de sus manifestaciones. La presión de la opinión pública y publicada y la pérdida de plausibilidad social de estos comportamientos, dificulta cada vez más identificarse idealmente con ellos. El discurso de nuestros informantes no idealiza, en ningún momento, la fuerza del varón cuando se ejerce contra las mujeres:

“Maltratar a una mujer es una vergüenza para un hombre”

“Hoy la sociedad no tolera más la violencia sobre las mujeres”

El valor que se hace ya hegemónico en el discurso de nuestros informantes es el de que:

“Es algo que nunca se puede justificar”

Por eso la gran mayoría se pronuncia en contra de la violencia de género, puesto que es algo que se considera indigno, como algo propio de un pasado inadmisibile. Y a algunos les suscita ya sentimientos de repulsión:

“Es una porquería”

“Es algo que me revuelve la piel y las entrañas”

“En un mundo más ordenado la violencia ya no será necesaria”

Incluso se pone en duda la ventaja de la fuerza física en la actualidad.

“Tal vez hoy son más fuertes las mujeres que los hombres, porque la ventaja de la fuerza física ha perdido casi todo el valor que tenía hace un tiempo”

2. Pauta racional: se ven motivos para el maltrato, e incluso se suscita cierta comprensión hacia los maltratadores

El segundo de los componentes diferenciados por la Psicología Social en el análisis del comportamiento humano, hace referencia a lo que se percibe como razonable, apropiado o conveniente: el peso de las razones que se argumentan para explicarlo, la fuerza que se atribuye a los motivos que se aducen para entenderlo.

Algunos de nuestros informantes se niegan a contemplar cualquier motivo como posible explicación de la violencia de género, para no dar paso a una posible justificación indirecta de la misma. Bastantes otros, sin embargo, tienden a manifestar una **cierta predisposición a “entender” lo que sucede y encontrar explicaciones para ello.**

“La violencia es según la percibes”

El ideal de que en un mundo más ordenado la violencia no será ya necesaria ¿supone acaso que se la percibe ya como innecesaria en el desorden actual que domina en ocasiones el reajuste entre los géneros? El discurso de nuestros informantes manifiesta claramente que sí se la sigue percibiendo:

- Como explicable en bastantes casos.
- Como motivada en algunos otros.
- E incluso como admisible en situaciones muy concretas, en circunstancias muy personales.

Buen ejemplo de lo dicho son algunas de las reacciones que se producen ante los casos de malos tratos a las mujeres y las noticias que aparecen sobre los mismos. En las manifestaciones del discurso que expresan dichas reacciones se incluyen:

- Desde el rechazo visceral a un modo de comportarse que se rechaza abiertamente: *"¡Qué cabrones!"*.
- A la compasión hacia personas que se consideran enfermas: *"Habría que tratarlos"*.
- A dejar en suspenso cualquier valoración: *"No sabes qué les ha podido llevar a eso"*.
- A dejar la puerta abierta a una posible motivación: *"Tendría sus motivos"*. *"Bastantes de ellos se suicidan después"*
- Al reconocimiento de una tentación latente más generalizada, que lleva a ponerse en su lugar: *"Nunca sabes donde puedes llegar"*

En el componente racional de la actitud hacia la violencia de género, tal y como se manifiesta en el discurso de nuestros informantes, se mezclan de forma ambivalente:

- La constatación realista de algo que no se puede negar porque está ahí delante y se sigue produciendo.
- La admisión implícita de que sigue habiendo motivos para que se produzca.
- La **identificación en el maltratador de un modo de ser hombre que todavía no les es ajeno ni extraño**, aunque ya lo consideren inadmisibles.

Entre los posibles motivos que pueden llevar a explicar la violencia de algunos varones contra "sus" mujeres, el discurso de nuestros informantes recoge los siguientes:

- **El abuso de alcohol**, y en alguna medida de otras drogas, que favorece la desinhibición de las pasiones más profundas, aviva los conflictos personales y potencia la inmediatez, la impulsividad y la burricie que caracteriza la respuesta de los varones. Es un motivo que aparece con especial relevancia entre nuestros informantes polacos, aunque también se hace presente en los otros contextos.
- **La patología psicosocial** que anida en determinados ambientes socialmente marginales o culturalmente residuales, donde el acoso, los malos tratos y la violencia siguen perviviendo, y transmitiéndose, como mecanismo de sometimiento y sobreexplotación de lo débil: no sólo hacia las mujeres, sino también hacia los niños y hacia los discapacitados.
- **La perversión sexual**. Algo que en principio se plantea como una cuestión individual, un desequilibrio personal, pero que, sin embargo, acaba proyectándose a una dimensión psicosocial, en la que la perversión de la violencia contextualizada en las relaciones sexuales alcanza la ambivalencia de una expectativa mutua. Por una parte en los varones sigue funcionando el imaginario de la conquista, la superación de las resistencias y **la caza de la presa**, con la violentación que ello conlleva. Por otra se proyecta que algunas

mujeres toleran la violencia e incluso las hay que la buscan en cierta manera.

“A algunas mujeres les excita la violencia”

“A algunas les va y la buscan”

- El **“permiso tradicional”**, que viene avalado por la historia previa de dominio de los hombres sobre las mujeres, forma parte de algunos estereotipos que todavía configuran la valoración social de las mujeres, y también de algunos prejuicios hacia ellas que todavía se transmiten en el proceso de socialización de los varones

“El boxeador de mujeres es algo que está todavía justificado, aunque se le desprecie”.

“La violencia es un hecho cultural del hombre, una cuestión de evolución histórica”

- **La autodefensa** Este motivo aparece de forma significativa en el discurso de nuestros informantes polacos, puesto que algunos de ellos vienen a atribuir a ciertos comportamientos violentos de los varones hacia las mujeres algo así como el carácter eximente de la defensa propia ante algo que amenaza la vida de uno o de su familia:

“En algunos de estos casos los hombres no hacen sino defenderse; actúan en defensa propia”

“Están convencidos de que la justificación de la violencia física del hombre contra la mujer tiene lugar cuando es una respuesta a la violencia síquica que aplican las mujeres hacia los hombres”

Resulta, sin embargo, igualmente significativa en este sentido la identificación que se produce entre los informantes de Bolonia o Gijón con este tipo de argumentación, que trata de entender y encontrar motivación a cierto tipo de violencia física de los varones como respuesta a la violencia síquica de ellas.

“El límite es mío, y reconozco que es la impotencia la que me lleva a la agresión. Pero lo de ellas es una tortura, porque conocen nuestro punto débil y porque te llevan a ese límite”

“Porque la mujer es agresiva, rompepelotas. En el fondo una bofetada no hace mal a nadie”

El sentido de la argumentación es el mismo, aunque en este caso ya no se hace una referencia simbólica a la pérdida de la propia vida, supuestamente amenazada, sino al sentimiento de frustración personal y de pérdida de la autoestima:

“Tiene que ver con la frustración y la autoestima del hombre”

3. Pauta real: la violencia de género no resulta ajena

Cuando el discurso avanza en el proceso de ponerse en lugar de los hombres que agreden físicamente a “sus” mujeres, profundizando en la propia tentación de hacerlo, se produce un fenómeno significativo. Se sigue dando paso latentemente a **una identificación notable con los maltratadores** como parte del grupo de género, y a un reconocimiento indirecto de la violencia física contra la mujer como violencia de género al

darse un reconocimiento explícito de que es al varón a quien se le va la mano.

“El hombre es el que tiende a dar un bofetón, y ella quien te tortura fino”. “Si soy menos fuerte no voy a dar una guantada a alguien que me dobla en tamaño”

Se reconoce mayoritariamente la violencia ejercida por los varones contra las mujeres, en diversas modalidades:

- Hombres que descargan cobardemente en la intimidad del hogar sus frustraciones personales o la violencia con la que se cargan en su cotidiano fuera de él. No se atreven a plantar cara en otras situaciones y lo pagan con ellas.
- Hombres que irresponsablemente desinhiben su agresividad con el alcohol y las drogas y rematan la faena proyectando esa agresividad en los conflictos personales. Creen que quien ha recibido lo mejor de uno mismo ha de estar también dispuesta para lo peor.
- Hombres que no soportan sentirse en inferioridad con respecto a las mujeres y acuden al abuso de su fuerza física para recuperar su superioridad. Incluso llegan a pensar que, en ocasiones, ellas no les dejan otra alternativa
- Hombres que se valen de la coacción psicológica y de la agresión física para mantener a las mujeres a raya, e incluso intentan justificar este comportamiento con un afán corrector: hay que pararlas a tiempo antes de que la cosa vaya a más.
- Hombres que no soportan el proceso de emancipación de sus mujeres ni su progresiva equiparación con los varones en autonomía de comportamiento o en libertad de movimientos. No aguantan los celos que ello les provoca ni la propia inseguridad que les suscita y procuran atajarlo por cualquier medio.
- Hombres que no toleran la pérdida de los privilegios atribuidos históricamente a los varones e intentan seguir imponiéndolos a base de cualquier tipo de coacción física o moral. Lo contrario les llevaría a abandonar los supuestos machistas con los que han negociado su identidad masculina y no están dispuestos a ello.
- Hombres que, ante la progresiva insumisión de sus mujeres, intentan reafirmar su dominio sobre ellas imponiéndose por la fuerza. Para que se sepa quien manda.
- Hombres que no saben perder en los procesos de separación y/o divorcio con sus parejas, o que son incapaces de aguantar que se les señale públicamente como maltratadores. Proyectan sobre sus ex parejas o ex compañeras sentimentales el motivo de su ruina, y buscan la ruina de ellas. En ocasiones se manifiestan dispuestos a llegar hasta donde sea y a llevárselas por delante, aun cuando ellos vayan detrás.

VI. La configuración viciada del discurso machista sobre la violencia de género.

1. Un discurso atrapado a medio camino entre los nuevos valores y las emociones inveteradas

Se produce de esta manera **una configuración circular del discurso**, como característica básica del machismo contenido que:

- partía de distanciarse rotundamente con respecto a los maltratadores como modos patológicos e indignos de ser hombre (Yo no soy de esos, eso no es de hombres),
- más adelante llegaba a reconocer que, sin embargo, la tentación existe,
- para acabar intentando encontrar una explicación a unos comportamientos que todavía no le son tan ajenos, aunque ya los encuentre como reprobables.

Y no les son ajenos porque de alguna manera se identifican con el tipo de respuesta y con las expresiones sicosomáticas que sintomatizan ese estado emocional:

“Es algo bastante reconocible: el hombre levanta la voz, hincha el pecho y alza la mano”

Y porque de alguna manera el acervo simbólico del machismo sigue dando algunos de esos comportamientos como eficaces:

“Una nalgada o una bofetada a tiempo evita males peores” “A veces es mejor un ojo negro, y después todo tranquilo”

Y porque la tradicional atribución de la superioridad al más fuerte físicamente ha dejado, como herencia, extraños sentimientos de autoafirmación y confusas emociones de protección. Y de esta manera algunos varones se siguen sintiendo en el derecho de proteger a las mujeres contra sí mismas, poniéndolas en su sitio, venciendo sus resistencias o parando sus “brotes de histeria”.

“La violencia se explica cuando la mujer sobrepasa su papel tradicional y acorde con los modales”

“La violencia contra las mujeres se puede aplicar en caso de histeria de ellas; entonces se puede agitarla y darle una bofetada, como en el cine, La violencia existe porque el hombre es más fuerte físicamente y más débil síquicamente. Además existe un permiso social que viene de la tradición del patriarcado”

Y también porque la superioridad física sigue estando ahí como último recurso de defensa de la autoridad del varón cuando no puede imponerla de otra manera.

“Se cae en la violencia cuando no se tiene otra cosa que decir”

“Los hombres se sienten en el derecho y en el deber de afirmar la propia superioridad sobre la mujer. De ahí nace la violencia.”

“La violencia es por tanto un síntoma de debilidad y de impotencia”

En la identificación con el uso de la fuerza física por parte de los varones se mezclan de forma ambigua y ambivalente:

- **Un modo de expresión sicosomática de las emociones**, derivado de su mayor fuerza física e incorporado como un cierto automatismo conductal.

“Es cierto que a los hombres se les va la mano fácilmente y que tienden a resolver sus conflictos por la fuerza”

- **Un recurso propio y ventajista**, interiorizado y reforzado a través del proceso de socialización por el que se llega a ser hombre.

“El hombre crece con la cultura de alzar la mano, de que si se ha de pegar se pega”

- **Una forma de salida a la desesperada de situaciones de conflicto** que se resuelven a su manera, llevándose todo por delante.

“Sienten que esa mujer les ha arruinado la vida y actúan a la desesperada llevándose la por delante”

- **Una supuesta dote de superioridad** que se mantiene como herencia de la cultura machista dominante, y que todavía no se sabe renegociar con la otra parte sin llegar a sentirse por debajo.

“En ocasiones los hombre utilizan la violencia para parar a la mujer cuando se sale de madre. Es a veces como con los niños: que no sabes qué hacer con ellos y acabas dándoles una bofetada para que entren en razón”.

- **Un modo de expresar y un medio de mantener el dominio** del hombre sobre la mujer, e incluso de responder al miedo que pueden llegar a provocarles.

“La violencia es un medio, la potencia, el poder, es el fin”.

“La violencia en las mujeres sirve como desahogo. En los hombres es más una afirmación de poder. Pero también de miedo”

2. El significativo avance de los más jóvenes no es suficiente para superar el machismo en las relaciones de pareja

El 21 de febrero de 2009, y a raíz del caso de Marta del Castillo, Miguel Lorente escribía un artículo en Público, donde confirmaba que en el mundo de los jóvenes siguen presentes tanto la violencia física, como recurso propio de la socialización de los hombres, como la violencia de género propiamente dicha: el Informe sobre la Convivencia Escolar refleja que un 19,9% de los alumnos actúa con violencia o la consiente; casi un tercio de las mujeres asesinadas en 2008 no habían llegado a cumplir los treinta años y lo mismo pasaba con el 20,8% de sus agresores.

Ante este tipo de datos algunos tienden a escandalizarse de que esto siga sucediendo entre las nuevas generaciones y otros intentan argumentar que ello demuestra que los supuestos avances hacia la igualdad entre hombres y mujeres no hacen sino reafirmar las posiciones de siempre. En ambos casos se escamotea la matriz de sentido del asunto, es decir, **la ambivalencia con la que avanza generacionalmente el proceso hacia la igualdad:**

- aun cuando una mayoría de los jóvenes hayan experimentado una notable modificación en sus roles sexuales y significativos avances en la equiparación entre hombres y mujeres,
- la incidencia de la cultura patriarcal y machista en la socialización de género ha imposibilitado la emergencia de un nuevo modelo de masculinidad que facilite el acceso a la igualdad en las relaciones de pareja.

La educación mixta desde muy niños y la experiencia de una relación más equiparada con las mujeres como compañeras de guardería, de clase, de salida y diversión o de trabajo, se refleja en **un intercambio más normalizado e igualitario con ellas**, incluso en las expectativas sexuales. De hecho se les reconoce una libertad de relación que hasta ahora era atributo exclusivo de los varones, se espera cada vez menos que vayan a cubrir determinadas expectativas que antes se proyectaban sobre ellas, y se las ve como competencia laboral, admitiendo incluso que alcanzan mayor preparación que los varones en algunas áreas de actividad. **Se las percibe como más equiparadas y se las ve como más igualadas a los hombres**. De ahí que en bastantes ocasiones el discurso de los más jóvenes se distancie notablemente del de sus mayores, aunque persista una minoría significativa que sigue identificándose prioritariamente con los prejuicios del machismo.

Pero, aunque los avances aparecen bastante consolidados en cuanto a la valoración de las mujeres en su conjunto y en la relación con ellas como compañeras de estudios, de trabajo o de diversión, no sucede así, sin embargo, cuando se trata de las “compañeras sentimentales”. **En la relación de pareja las emociones perturban la percepción de igualdad**, incrementan los sentimientos de inseguridad **y propician una mayor complicidad con el machismo transmitido**. Algo que el discurso de nuestros informantes hace evidente en dos contextos prioritarios: los celos y las separaciones. **La intolerancia a los celos y el supuesto de la ruina personal que puede acompañar a la separación** (“*Quedarte sin mujer, sin casa y sin hijos*”), siguen resintiéndose entre los más jóvenes como situaciones y motivos que pueden llevar a los varones a agredir a sus parejas.

También entre los hombres más jóvenes se manifiestan **importantes frenos a una relación de igualdad con sus compañeras sentimentales**. También en su caso se suscitan notables emociones de resistencia a que ello conlleve un vuelco en las posiciones de superioridad de los varones justo allí donde se juegan más a fondo los asuntos de identidad, de poder y de autoestima.

Los mitos de la mujer infiel, en la que no se puede confiar, y perversa, que puede llevarte intencionadamente a la ruina, aparecen como el universo de significados en el que se sigue sustentando culturalmente la transmisión del machismo a los más jóvenes, y por el que se sigue dando paso socialmente a las emociones de consentimiento con la violencia de género.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Berger y Luckmann (1968). “La construcción social de la realidad”. Amorrortu Editores.

González Hermosilla (2008). “La Construcción Social de la Violencia de Género en el Discurso Machista”. Ayuntamiento de Gijón.

Lorente Acosta, Miguel (2009). “Los Nuevos Hombres Nuevos”. Ediciones Destino.

